

CR
863.6
C268 e
C.E.

JENARO CARDONA

EL PRIMO

NOVELA COSTARRICENSE



San José
TIPOGRAFÍA NACIONAL
1905





ADVERTENCIA QUE PARECE NECESARIA

Esta obrilla, escrita en cuatro meses escasos por pura afición, y para matar los ocios de algunas noches, ve la luz pública sin pretensiones de ninguna clase, y á instancias de algunos amigos míos que tuvieron la abnegación de leerla; conste, pues, que les declaro cómplices en este desafuero que cometo contra las letras patrias, desafuero que no he querido agravar con la ostentación del consabido atrió, prólogo ó lo que sea, de algún benévolo amigo que se prestara á adornar la cabeza de este libro,—pobre hijo de mi fantasía,—que así enclenque y canijo como lo engendré lo prefiero á verle por esos trigos de Dios con diadema de vistosa pedrería; bastantes penas tendrá que soportar el pobrecito para agregarle la mortificante del ridículo. Y como si todo ello no bastara, sale el infeliz cubierto con los mismos pingos con que le arropé, es decir, sin retoques, remiendos ni zurcidos que acaso sólo servirían para llamar la atención á la pobreza de su vestimenta.

Que la corra solito; y si logra romper un tanto la glacial indiferencia de sus conterráneos, más apasionados por las letras de cambio que por esas otras que llamamos bellas, ó despertar algún sentimiento noble ó siquiera distraer, me daré por satisfecho y aun probaré á dar á esta criatura algún hermanito que comparta su suerte.

En cuanto al fin moral, á la ética—que diría un erudito—de este ensayo, allá el lector, ó mejor, la lectora, que lo busque y ojalá le encuentre suficiente miga.

Ahora creo de mi deber, en descargo de mi conciencia, decir dos palabras acerca del lenguaje usado en ciertos diálogos por los personajes que aquí aparecen. Encontrará el lector que algunos de ellos hablan tanto en castellano como en costarricense, y válgame esta frase en gracia de lo gráfica.

Es muy frecuente oír entre nosotros, en conversaciones familiares, el uso de los pronombres personales vos y tú empleados para con la misma persona con quien se habla, y lo propio sucede con ciertos tiempos de la generalidad de los verbos. Así, pues, tampoco es extraño oír decir á cada triquitraque indistintamente, vení y ven; venite y vente; sentate y siéntate; querés y quieres, etc., etc.

No deja, pues, de ser gracioso el que cada hijo de vecino tenga aquí en uso una gramática suya especialísima, que si es tantico pintoresca, constituye,

por otro lado, una verdadera inquisición para la hermosa habla castellana. Pero como no es mi propósito ir por los fueros de la lengua (que yo también suelo atormentar), sino escribir una obra netamente nacional, he querido que mis personajes hablen como habla la generalidad de mis paisanos.

Para concluir añadiré que los personajes que aquí juegan son todas creaciones de la fantasía, y que nunca fué mi ánimo aludir ni retratar á personalidades determinadas.

EL AUTOR







Don Clemente Ayala y Aguirre era un excelentísimo sujeto que llevaba á costas sus sesenta y cinco primaveras con la misma desenvoltura y gracia que un muchacho las veinte, descontando, por supuesto, las trapisondas y calaveradas anejas á esta edad; es decir, que aquel cuerpecito enjuto y delicado se estaba tan campante que parecía burlarse del tiempo que apenas lograba, después de todo, blanquear aquella cabecita que encerraba un cerebro casi *infantil*: ¡qué adorables infancias suelen hallarse á los sesenta y cinco años!

Seguía don Clemente la vieja costumbre de rasurarse toda la barba, bigotes inclusive, lo que daba á aquel semblante un aspecto de bondad presbiteriana, animado siempre con una sonrisa que parecía esculpida en aquella boca toda franqueza y lealtad.

Las gentes que le trataban no podían menos de exclamar al separarse de don Clemente: “qué señor tan simpático” y hasta las pollitas medio casaderas, con las que don Clemente solía echar sus

paliques cuando el caso llegaba, repetían invariablemente: "qué viejito tan *corrongo*!"

En sus costumbres era don Clemente el tipo de aquellos hombres que hoy son *rara avis* y que nos recuerdan los tiempos patriarcales de Costa Rica. Admirador de los buenos tiempos viejos, enfermedad, ó mejor dicho, eterna monomanía de los ancianos que ven con dolor el camino ya andado, y que á cada nuevo paisaje que les presenta la vida vuelven atrás la vista, recogen cariñosamente el pasado y rejuvenecen su alma con la dulcísima fruición de los recuerdos.

Pero todo ello no cegaba á don Clemente hasta el punto de desconocer las ventajas que á las comodidades de la vida moderna prestan los grandes adelantos que había visto realizarse en el país con el trascurso del tiempo.

Así, pues, era de cajón la frase aquella de "ah, en mi tiempo eso era de este y de este modo", frase que parecía á veces una protesta contra aquel torrente de civilización que él había visto desbordarse en este país joven, que de tal modo ha venido á cambiar la vida antes tan quieta y pacífica, por la agitada y turbulenta que hoy llevamos—relativamente,—se entiende.

Daba gusto oírle, por ejemplo, cuando se hablaba de los viajes á Puntarenas, de aquellos legendarios viajes que nosotros hemos oído más de una vez relatar á nuestros abuelos, viajes que formaban época en los anales de la familia.

Era Puntarenas el único puerto por donde se hacía en los buenos tiempos del señor Ayala el comercio del país, y tales excursiones que realizaban casi todos los años las familias pudientes del interior, se pensaban y maduraban cuatro meses antes, y constituían el regocijo de las tertulias caseras.

—Esos paseos eran bonitos, decía don Clemente con los ojillos encandilados, pues con todo se gozaba tanto! Se calculaban las carretas que era menester contratar para el transporte de las señoras que no podían cabalgar, y de la gente menuda; luego en la confección de los trajes y de los sombreros á propósito para resistir aquellos soles y aquellas polvaredas; luego en la cesta del bastimento surtida con las mejores golosinas de nuestra industria; allí del biscocho, de las *cajetas* de leche y de coco, lomos rellenos, pollos, huevos duros á granel, succulentos chorizos y la botella de *místao* para las madrugadas. Después, salir de la ciudad con dos ó tres carretas provistas de altos arcos y cubiertas de vistosos toldos de zaraza, rodeadas por los ginetes que llevaban á la grupa sendas alforjas, camino de La Uruca; entrar después por la amplia carretera empedrada donde los ejes de los vehículos van golpeando en las bocinas de las ruedas, al compás de los cantos de los carreteros:

“Ya me voy á Puntarenas
te *trairé* dos guacalitos
y me alivio de mis penas
recordando tus ojitos”

Gui



Y en fin, ese concierto de ruidos y ese alboroto de alegría embriagadora que se apoderaba de los viajeros; los chistes, las bromas, los sucesos inesperados y todo esto en una hermosa noche de luna, y bajo un cielo purísimo tachonado de estrellas.

Después, los *sesteos*, las dormidas en las posadas donde siempre había gente aunque rústica, amable, confiada y servidora: levantarse á la madrugada, ver uncir los bueyes y ensillar las cabalgaduras á la luz de los luceros y contemplar la salida del sol desde lo alto del monte del Aguacate.—Fiebre amarilla? apenas de nombre conocíamos esta enfermedad. Pero ahora un viaje á Puntarenas? bah, no vale la pena.

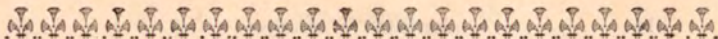
Y así por el estilo se expresaba don Clemente cuando llegaba el caso, con aquella su locuacidad para probar que *antes* todo era mejor: las comidas más baratas y sanas; las telas más durables, y los hombres. . . . más honrados.

No era raro tampoco verle en un baile sonado allá por un quince de setiembre ó treinta y uno de diciembre, vestido de frac y enguantado como un pollo á la moda; reuníase con dos ó tres amigos de su gusto, y allí se estaba charlando y fumando en algún rincón hasta que su hija Matilde, guapa moza de veintitrés años quien le metía en estas danzas se acordara de él, lo que sucedía raras veces cuando empezaba á bailar, y resolviera dejar su diversión favorita antes que las luces agonizaran con los pri-

meros destellos del día, cosa aún más rara. Pero don Clemente adoraba á su hija y la dejaba hacer su gusto: era la hija mimada que viene á resumir todas las afecciones del hogar donde falta la madre, porque don Clemente, viudo hacía siete años, desde que sufrió la pérdida de su esposa á quien amó entrañablemente, había aumentado el cariño hacia sus dos hijos, Julián y Matilde; pero sobre todo ésta constituía el centro de todas sus afecciones. Hacia el primero sentía además una especie de respeto, casi de admiración por las condiciones morales que poseía; Julián tenía un carácter retraído, casi austero, verdaderamente raro en un joven de su edad; un juicio admirable y un criterio poco común, todo lo cual le había valido una posición envidiable en una casa de comercio donde trabajaba hacía algunos años con honradez y lealtad, siendo querido y estimado. Para Matilde era Julián un padre, y don Clemente un hermano, pero un hermano dispuesto á disculpar las locuras que ella solía cometer, con ese amor y debilidad rayanos á veces en verdadera complicidad. Don Clemente comprendía que era Matilde el reverso de Julián; dos caracteres completamente opuestos; lo blanco y lo negro, casi como lo habían sido el suyo y el de doña Isabel su esposa, quien fué el timón de ese hogar que acabó de hundirse poco tiempo después, que ella dejara esta vida. Faltó el capitán y el barco zozobró por falta de dirección adecuada.

El carácter del señor Ayala todo bondad,

✓
todo ingenuidad y confianza, era de los menos aparentes para conservar en estos tiempos de lucha y positivismo el patrimonio de que disfrutaba; y es que sobre las cabezas venerables de estos viejos—niños, incapaces de suponer dobleces y traiciones en sus semejantes, está siempre abierta la garra del engaño, y levantado el alfanje del *beduino civilizado* pronto á entrar á saco sobre un hogar feliz siempre que éste ofrezca incentivo á la rapiña y á la expoliación.



II

Si la filosofía consiste en aceptar los acontecimientos de la vida tal y como se presentan en su lógico desencadenamiento, sin lanzar una protesta ni siquiera una queja contra esa fuerza ciega, omnipotente, que ordena los sucesos que caen sobre nosotros como una verdadera tromba y que destruye el mágico jardín de nuestros ensueños, don Clemente Ayala y Aguirre podía dar á todos los Zenones y Epicetets habidos y por haber, ciento y raya en achaques de filosofía estoica. Decimos esto, porque después de haber perdido la última moneda de su cuantioso caudal en especulaciones mineras, es decir, después que tiró el oro acuñado de su caja por buscar el que estaba á veinte metros bajo tierra, sin acuñar, y que no acuñó nunca, se quedó tan fresco como el carambolista que acaba de perder una partida. A lo sumo decía, cuando de ello se hacía reminiscencias, "ciertamente, cometí una rocinada, qué vamos á hacer!"

Cuatro meses después había aceptado lleno de gratitud un modesto empleo de Gobierno de ciento veinticinco pesos en el departamento de Agricultura, destino que ejerce don Clemente con toda pulcritud cuando lo presentamos á nuestros lectores. Lo único que le había escamado un si es no es, (tan sutil es la ropilla que viste el amor propio,) era lo que hubiesen dicho de él cuando salió publicado en "La Gaceta" el acuerdo que creaba el destino que se le concedía, á él, que había poseído un capital de cien mil pesos! Pero, decía: es vergonzoso trabajar cuando hay de ello necesidad? Acaso voy á vivir del aire? Al diablo los majaderos!

El mes de octubre avanzaba: el día amaneció despejado y alegre: un día lleno de las sonrisas del cielo después de sus prolongados llantos. Don Clemente se levantó de buen humor, en chancletas, unas chancletas fabricadas por él de unos botines viejos que cortó cuidadosamente sobre las capelladas, y cuyos informes tacones había arrancado con el cuchillo de la cocina ¡un prodigio de chancletas!: se acercó al cuarto de Julián, empujó la puerta y vió la cama ya desocupada; salió por el corredor y ya cerca de la cocina llamó á la criada.

- Señor, contestó una voz sonora.
—Se fué Julián?
—Sí, señor, ya se fué.
—Hace mucho rato?
—Sí señor, á las seis.
—Bueno, traéme el café.



Y don Clemente se sentó á la mesa resuelto á tomar su tacita de café pura y limpia; á la mano tenía hasta cinco panecillos que el panadero había dejado dentro de un saco amarrado á la perilla de la puerta y que Peregrina se apresuraba á recoger antes que algún madrugador les dejara á la luna de Valencia.

La criada entró con la taza de café humeante y la colocó en la mesa; serían apenas las siete y ya aparecía acicalada, si por tal puede entenderse estar peinada con gran esmero, y llevar en la cabeza media docena de peinetas, un lazo de cinta que fué color de rosa, y ostentar la faz embadurnada de polvos de arroz; imitación grotesca todo ello, de las toilettes que veía en Matilde.

Don Clemente no paró mientes en cosas tan pueriles, y empezó á tomar su desayuno; una rebanadita de pan que remojaba, con toda su calma, sin echar de menos la rica mantequilla y el exquisito café que gastaba antaño.

Una vez que hubo concluído, sacó de la petaca olorosa á tabaco arreglado con *cura* casera, un cigarrillo, y se puso á fumar tranquilamente pen-

sando en los trabajos que le aguardaban en la oficina á la que había cobrado un cariño entrañable.

Matilde no se levantaba nunca antes de las nueve; la pobrecita no podía acostumbrarse después de haber probado por algún tiempo las dulzuras de la vida regalona, á la idea de que era pobre, de que la casa no contaba con más entradas que las de Julián, por que las de don Clemente, ella lo sabía bien, tenían más compromisos que nuestra renta de licores: sin embargo, el buen juicio de Julián secundado raras veces, y tan raras! por don Clemente, lograba sacar la casa de los atolladeros en que caía, que no eran pocos, gracias al carácter y modo de ser de Matilde que creía á pie juntillas que el dinero se encontraba siempre en la gaveta: era tan fácil gastar! por qué no hacer esto? por qué no comprar aquello? si es tan bonito, tan elegante! ah, papá es el hombre más bueno del mundo!

La pobre criatura en su desmedida afición al lujo, y á las cosas grandes, no tenía en su cerebro de pájaro más idea que la de ostentar, la de deslumbrar, y no pensaba que cuando no hay oro que refleje su brillo sobre la persona, todo aquel lujo, todo aquel aparato no es otra cosa que un oropel que cubre las miserias más vergonzosas y exhibe á las personas de la manera más ridícula. Pero Matilde no pensaba en esto; por brillar una noche en un baile, y verse nombrada por cualquiera pelagatos de imprenta en una gacetilla cursi y trasnochada, obligaba á su padre á las mayores privaciones y sacrificios.

Y todo eso lo hacía Matilde sin darse cuenta, como ofuscada por no se sabe qué ideas. Vivía de fantasías, y no veía nunca el lado práctico de la vida.

Más de una vez á Diego, su novio, muchacho excelente, Pasante de abogado y que estaba verdaderamente prendado de Matilde, habían chocado ciertos procederes de ella en ese particular; pero pronto á disculpar con aquella ligereza con que siempre disculpamos las faltas de las personas que nos son queridas, se había dicho "bah, una loquilla que entrará en razón". Diego, por otra parte, atribuía los procederes de Matilde á la educación quizá un poco descuidada que ésta había recibido, educación que él pensaba corregir cuando se casara con ella y fuera dueño y señor de su corazón.

Las relaciones entre Diego y Matilde no eran nuevas; databan poco más ó menos de la época en que Julián, hecho bachiller, se había decidido á entrar desde luego al campo donde se lucha por la vida, despreciando los consejos de Diego que deseaba inclinar á su amigo á seguir la carrera del derecho en la cual le auguraba grandes triunfos.

Aun cuando separados por aspiraciones diferentes, conservaban la misma amistad y se querían.

No se ocultaron á Julián las inclinaciones de Diego por su hermana, inclinaciones que no le disgustaban á pesar de ciertas aventurillas que había corrido éste, quien siempre había manifestado gran

afición por las hijas de Eva, y de que estaba Julián en autos; se contentaba, pues, con mirar y dejar correr el tiempo.

Hacía poco rato que Matilde se había levantado, y después de tomar su café, fuese á su cuarto y dedicó al espejo un largo rato. Estaba concluyendo de rizarse el cabello, y de colocar cuidadosamente los rizos en papelillos; luego ató á su cabeza un pañuelo en forma de venda y lanzando un bostezo se dejó caer fatigada por tanto trabajo sobre una mecedora.

En lo que aquella cabecita pensara, no sería fácil adivinar; probablemente continuaba despierta el sueño que había tenido en la noche, cosa en ella muy frecuente, cuando oyó con algún sobresalto que don Clemente entraba disparado por la casa llamándola con fuertes voces.

—Matilde, Matilde!

Salió apresurada de su cuarto y se encontró con su padre, quien tenía la faz como iluminada; los ojos le brillaban, y la voz era trémula por una emoción que aun no había estallado; traía un papel en la mano.

—Pero qué pasa, papá?

—Gran noticia, hija, gran noticia! cuánto me alegro! qué caramba ! pero no adivinas? y levantaba en alto el papel arqueando al propio tiempo las cejas.

—No es fácil si no me explica

—Pues ni más ni menos que Beltrán Urda-

neta, mi sobrino, el hijo de mi querida hermana (que en paz descanse), es decir, el señor primo de ustedes está al llegar de un momento á otro á Costa Rica, dijo don Clemente sin respirar, dejándose caer en una silla, y lanzando á su hija una mirada mezcla de orgullo y de triunfo.

—Es posible? ay, cuánto me alegro, qué sorpresa, papá!

—Sí, una verdadera sorpresa! toma, lee. Matilde tomó el papel, una carta timbrada con un marbete en que se leía, entre varios rengloncillos, dirección de cables y códigos, lo siguiente: “Esteban Urdaneta Banquero,” y firmada con una horrible letra de hombre de negocios.

La carta que estaba fechada en Méjico á 28 de setiembre de 189 . . . rezaba así:

“Querido Clemente:

Después de tanto tiempo de no escribirte, lo hago hoy con verdadero gusto y con el objeto de noticiarte la próxima salida para Costa Rica, de mi hijo Beltrán. Apenas hace dos meses que llegó de Europa, donde desempeña como sabes, el cargo de Agregado de la Legación Mejicana, con permiso que él alargará cuanto quiera, por motivos de salud, y ya está haciendo las maletas de nuevo.

Desea vivamente conocer ese país del cual hay aquí muy alta idea, y aun cuando ha resuelto su viaje para el quince, nada de extraño tiene que salga por este mismo vapor, y llegue con esta carta. Si así ocurre te ruego perdones ese atolon-

dramiento, pues ya sabes, por lo que otras veces te he dicho, cómo es su carácter. Con mis recuerdos para toda la familia, quedo como siempre tu afmo. Esteban Urdaneta”.

—Qué te parece? tengo motivos para alegrarme? Beltrán en Costa Rica! me parece mentira qué diablura! y pensándolo bien, es probable que se haya venido, y que le veamos entrar de un momento á otro por esa puerta.

El reloj de la sala dió las diez, y á poco se oyeron unos pasos en el zaguán.

Don Clemente y Matilde se precipitaron á la sala. Era Julián que entraba: dejó tranquilamente el sombrero en la percha, y fuese al encuentro de su padre á quien había oído hablar.

Presto fué enterado de la noticia que acogió con mucho gusto, pues le agradaba conocer á un primo de quien sólo tenía algunas referencias por las cartas que muy de cuando en cuando se cruzaban entre su familia y don Esteban, porque es cosa muy sabida la política de reserva que se estila entre parientes cuando por una parte hay riqueza, y por la otra pobreza y escasez; dos polos opuestos que no pueden juntarse sin perturbar profundamente las leyes de esa simetría social que el egoísmo ha establecido.

Don Esteban Urdaneta había venido muy joven á Costa Rica, en viaje de negocios, conoció á doña Susana hermana de don Clemente, á la sazón garrida moza, y después de un tiempo se casó con

ella y regresó á Méjico, su país natal. Luego la correspondencia entre las familias fué languideciendo poco á poco, y llegó á ser muy rara después, pero nunca faltaba en año nuevo, ni cuando algún suceso de importancia ocurría en una ú otra familia.

—Pues yo sigo en mis trece, decía don Clemente, en creer que Beltrán ha venido en el mismo vapor que esta carta.

—Creo que Ud. tiene razón, papá; ese párrafo así lo da á entender, y aun parece haber sido escrito con la intención de disculpar la precipitación de una visita que apenas hay tiempo de anunciar.

Ay! agregó sacudiendo una mano como si se la hubiese quemado. Ardo en deseos de conocer á ese primo! Sólo siento el desencanto que va á tener cuando entre aquí y paseó una mirada de disgusto por toda la sala. Los pobres muebles no se ruborizaron porque ya habían perdido el color hacía mucho tiempo.

—Todo eso son suposiciones que no tienen fundamento, dijo Julián, sin hacer caso de las últimas palabras de su hermana; pues ¿no escribe don Esteban que Beltrán tiene el viaje arreglado por vapor del quince? Por qué había de adelantarlo quince días? bah! no es creíble.

—Es cierto que así lo dice, repuso don Clemente, pero fijate en ese párrafo “y aun cuando ha resuelto su viaje para el quince nada de extraño tiene que salga por este mismo vapor” etc. Con

que ya ven ustedes que tratándose de un muchacho como Beltrán, acostumbrado á viajar, es lógico suponer que en vez de quedarse aguardando la salida de un vapor para efectuar un viaje que para él será una broma, y que tiene ya resuelto, aproveche la primera oportunidad que se le presente; esto es redondo.

—Bueno, arguyó Julián; no discutamos un detalle; para el caso es lo mismo; lo que ahora debemos ver es la manera de arreglarnos de arreglar á nuestro primo un alojamiento siquiera cómodo

—Dices que es decir interrumpió don Clemente mirando con fijeza á su hijo; que tú crees que él se quedará aquí con nosotros?

—Es lo más natural, contestó Julián; tratándose de un pariente que viene por primera vez á Costa Rica

—Qué dices? saltó Matilde; aun cuando yo también lo deseo, cómo haremos? estamos tan incómodos aquí y luego la estrechez de nuestros recursos nos exhibiría de una manera lastimosa no, qué dirá!

—Tú siempre con tus vanidades y tus escrúpulos repuso Julián; se da lo que uno tiene; el obsequio no se estima por lo que intrínsecamente vale, sino por la oportunidad con que se ofrece; además, Beltrán sabe perfectamente que somos pobres, pero no tanto que no podamos compartir con él nuestra casa y nuestra mesa.

—Tienes razón, dijo don Clemente; convencido al oír el tono reposado de Julián; tienes razón; por qué ha de parecer feo á Beltrán el que le ofrezcamos lo poco que tenemos?

—Por Dios, insistió Matilde; ustedes olvidan que nuestra situación no es boyante dónde le instalamos? empezando por el comedor está hecho una necesidad; al menos si se comprara un regular aparador, algunas sillas de buen estilo y un servicio de mesa un poco más decente pase.

—Sí, eso es, replicó Julián algo mal humorado; no ves que es ridículo aparentar un bienestar que no se tiene cuando la pobreza le ha cogido á uno del cuello? no me cansaré de repetírtelo. Lo que hacen muchos, lo que deseas hacer es exhibirte tristemente ante los ojos de la gente sensata. Gastar boato cuando no hay leña en casa es ridículo por no decir criminal. Cuando puedo satisfacerte un capricho lo hago gustoso pero comprar lo que no es menester, tan sólo para no parecer pobres á nuestro primo, no es racional.

Don Clemente miraba á su hija con ojos compasivos y sonreía.

—Siempre con tus filosofías y tus exageraciones replicó Matilde, que no quería dejar sin protesta las palabras de su hermano; qué quieres que haga? bien sabes que la posición, las relaciones obligan á ciertos sacrificios; y en cuanto á mí, á que no te gustaría verme vestida de zaraza como una *concha*, con zapatos del Mercado, y peinada de trenzas?

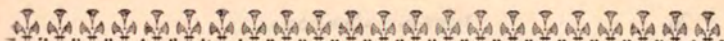
—Tu caballo de batalla! la sociedad, las relaciones, las exigencias Mira, yo quiero que me comprendas, y que á tu vez no exageres; bien sabes que me refiero á aquellos lujos impropios de una muchacha pobre; por más que ésta merezca el tren y los diamantes de una princesa, debe resignarse á gastar solamente otra clase de *joyas*, que si valen poco á los ojos de los necios, en cambio son justamente apreciadas por las personas sensatas y yo creo que bien vale la pena de que se vaya lo uno por lo otro, no te parece? —y viendo que Matilde se preparaba para replicar agregó:—de modo que ni por cumplimento crees tú que debemos ofrecer á Beltrán nuestra casa?

—Pues claro es que sí, no faltaba más, saltó don Clemente para arrastrar la opinión de Matilde.

—Y si él rehusa? interrogó ésta animada por una esperanza.

—Pues si rehusa asunto concluído; tan chocante sería no ofrecerle nuestra hospitalidad, como insistir en que la acepte; además, si Beltrán viaja por placer, no debemos obligarle á ganar indulgencias con privaciones.

En esto, Peregrina que no estaba en el ajo de lo que ocurría, extrañada de ver que no llegaban al comedor resolvió asomar su *vera efigies* por la puerta de la sala y espetó sin más preámbulo. “Que *sestinfriando* el almuerzo!”



III

Entraron al comedor: don Clemente y Julián continuaban hablando del mismo asunto, y Matilde ocupó su silla más por costumbre que porque tuviese deseos de tomar alguna cosa.

Picoteando esto, y probando aquello con su desgana habitual, aquel cerebro empezó á hacer vapor, á volar, y bien pronto estaba engolfada en las regiones de sus sueños; caía de nuevo en la realidad de las cosas, y mirando de cuando en cuando á su padre y á su hermano, comenzó á discurrir así para sus adentros:

“En buen aprieto nos viene á poner este nuestro primo. Mi curiosidad por conocerle es grande. qué cosa tan rara! Si hace dos horas me hubiesen dicho que ese primo había muerto, me habría encogido de hombros. pero ahora, como sé que viene, que le conoceré, que le trataré, que quizá haremos una vida casi íntima, mi curiosidad crece de punto y siento que en el fondo de mi

alma se despiertan ciertas vehemencias que yo misma no acierto á explicarme cómo será él? joven, libre y rico, por fuerza ha de ser hermoso pero á mí qué me importa? Será acaso mejor que Diego mi novio, á quien *creo* que quiero mucho? sí, me parece que le quiero por qué no? acaso no es mi novio oficial? no estamos comprometidos? es decir, no es precisamente porque estemos comprometidos, el motivo porque le quiero; cuántas hay que no quieren *de veras* á sus novios y se casan y muchas esposas no quieren á sus maridos y se habla ya de mi matrimonio como de una cosa que llegará sin duda alguna y es claro, tiene que llegar; mire usted que después de unos años de jaleo vale la pena de llegar á algo *práctico* porque vaya si cuesta hacer que los novios se resuelvan á doblar la *testa* que se figuran coronada con la más valiosa independencia y claro! no les gusta echar á rodar la corona en nuestros regazos engreídos!—No es Diego un partido así, como hay muchos? cierto que es pobre, que pronto terminará su carrera y aunque *el artículo está abarrotado* ya muchas se tomaran un marido en perspectiva como el mío, que será un Licenciado en eso que llaman *derecho* sepa Dios por qué. Es un excelente muchacho, pundonoroso, de talento, y puede que andando el tiempo corone mis ideales ganará mucho dinero porque para seguir lo mismo—qué gran cosa sería casarse!

El almuerzo tocó á su fin; Julián se marchó

y don Clemente entró al cuarto de aquél para disponer lo necesario en caso de que Urdaneta llegara de un momento á otro.

Todo será, pensaba don Clemente hablando consigo mismo y señalando los lugares con el dedo: correr aquella mesa hacia la esquina; puede servirle de escritorio, se le pondrá una carpeta, tintero, etcétera: aquí un catrecito con su alfombra al pie; allí mi lavatorio con espejo; yo me lavaré en la pila del patio... y así siguió distribuyendo el menaje del cuarto: cuando salió, estaba altamente satisfecho del arreglo y ya se preparaba á llamar á Matilde para enseñarle lo bien dispuesto que estaba *aquello*, cuando cayó en la cuenta de que el tal arreglo existía sólo en su cerebro.

Es lo principal, se dijo: ahora vamos á ver á quién le pedimos prestado ese catrecito; y salió tan tranquilo.

Poco más de la una sería cuando Matilde resolvió quitarse de la cabeza el pañuelo y los pape-lillos, y dar la última mano á su tocado, operación que, dicho sea en su honor, hacía á las mil maravillas, cuando oyó unos golpecitos en la puerta de la calle: medio confusa, sin atinar quién pudiera ser, llegó hasta la sala.

—Adelante, dijo.

Pero ya la visitante entraba por el zaguán, y en el taconeo menudo, y en la onda de perfume que se esparció por todo el pasillo, Matilde conoció á su amiga Valentina que llegaba radiante, vestida con

gran elegancia, enguantada y bastoneando con una preciosa sombrilla de puño de nácar y adornos de oro.

—Eh, Valentina! eras *vos?* dijo Matilde adelantándose sonriente, y cambiando con su amiga un beso que se oyó en la calle.

—Sí, *niñá*, contestó Valentina arreglándose el gracioso velillo de un color tinto subido que llevaba sobre el rostro.—Voy á hacer una visita por aquí, y ya que pasaba tan cerca de tu casa quise entrar para verte, porque caramba, desde que estás *en olor* de matrimonio pareces monja; hace días que no se te ve.

—Sí, el tiempo está tan feo, esa llovedera... Matilde se detuvo: desde que su amiga había entrado la devoraba con los ojos; nunca la había visto tan elegante. No pudo contener por más tiempo su admiración, y haciendo que Valentina se pusiese de pie sobre la alfombra del centro de la sala, donde habían entrado, para contemplar á su amiga más á su sabor:

—Qué lindo traje es éste? quién te lo hizo? exclamó palpando á Valentina por todos lados, y ponderando el gusto y la confección de los adornos; —Y ese sombrero? una preciosidad! *es divino!*.... así deseaba yo comprar el mío, pero no encontré en las tiendas nada que me gustara; me he vuelto tan exigente.....!—Te aseguro que has tenido una magnífica elección

—No he sido yo. *admirate.*

—Y entonces quién?

—Mi maridito, hija, mi maridito, contestó Valentina con aire de satisfacción y sonriendo burlescamente: éste es uno de los cuatro trajes que me pidió á París con sus respectivos sombreros. . . . te gusta?

—Ya lo creo; es encantador. . . . y te pidió cuatro? vaya que don Agapito es espléndido.

—Te parecen muchos? bah, veo que eres muy conforme; pero en qué quieres que mi querido *dueño* gaste sus realitos? á Dios gracias no tenemos hijos, ni maldita la falta que nos hacen; que cumplan otros con el consabido precepto, lo que es yo, tengo bastante que hacer con pasear y divertirme. Y soltó á reír con una risita contenida y maliciosa que le salía siempre al final de sus frases, con una sonoridad argentina.

Los criticones aseguraban que se reía para enseñar los dientes que tenía preciosos, á pesar de las calcitas que aparecían en dos de ellos. Aquel destellito de luz dorada, entre sus dientes blancos era una adorable golosina.

—Pero si todas pensarán lo mismo, repuso Matilde.

—Yo pienso lo mejor para mí, interrumpió Valentina y que cada cual haga de su capa un sayo. . . . ó los chiquillos que quiera. . . . te parece que tendría gracia estar continuamente cuidando al nene, á la *china*, á la de *adentro* á la de afuera, al demonio con todo! y con este bendito servicio que tenemos aquí; tal vez más tarde. . . . pueda ser; lo

que es por ahora, ni en sueños.—Agapito es el mejor de los maridos: cierto que es un poco *mayor para* mí, algo gordo, y á veces con el reumatismo que le mortifica, pero á mí qué? es muy rico, y tiene un ojo para los negocios. *terrible!*—Sobre todo, hija, hay épocas en que una no puede escoger marido, y es preciso atrapararlo aunque tenga más canas que el Padre Eterno, sobre todo, si tiene más pesos que canas.

Y las campanillitas de su risa volvieron á sonar.

—Veo que eres la misma de siempre, dijo Matilde riendo por aquellas confidencias. qué *bárbara!*

—Qué quieres, estoy tan á gusto así en esta vidita que á pesar de todo vale la pena de disfrutarla.

—Sí, por que eres dichosa.

—Tonta! ya lo creo que lo soy, quizá *demasiado.*

—Lo que es la felicidad nunca está de sobra. . . . Ah! pero qué cabeza la mía, agregó Matilde; se me olvidaba contarte una gran noticia.

—Habla por esa boquita.

—*Figurate* que viene Beltrán, tal vez llegue hoy mismo.

—Qué Beltrán?

—Pues Beltrán Urdaneta, mi primo, aquél de Méjico. si creo que has oído á papá hablar de él.

—Ah! el hijo de don Esteban? ya, ya.

recuerdo efectivamente haber oído hablar aquí de ese joven. Ah sí; y á mi marido también pues creo que tienen relaciones comerciales; uno de los primeros capitalistas de Méjico, como que es millonario, dijo Valentina arqueando las cejas y mirando á Matilde con mezcla de estupor y admiración.

—Caramba, millonario, tan rico está?

—Como lo oyes; ah picarilla, con que tienes un primo millonario! y yo que no me acordaba. . . . ! es decir, tenía idea. por qué no me lo habías dicho antes?

—Para qué? desde la muerte de mi tía, don Esteban pareció olvidarse de nosotros, engolfado en sus negocios; Beltrán ha vivido muchos años en Europa, según parece, de suerte que casi llega uno á no acordarse de parientes á quienes conoce apenas de nombre, y con los cuales se cartea muy poco.

—Pues mejor para tí: creéme, estás de que te felicite, dijo Valentina con una intención marcadísima.

—De felicitarme, y por qué?

—Inocentona! no te has mirado nunca al espejo?

—Vaya una pregunta!

—Digna de tu extrañeza; oye, eres joven, bonita. vamos, tienes gancho como dicen los hombres; *dejate* de remilgos, ya *sabés* que las mujeres somos jueces en la materia: pues bien, Beltrán es soltero? sí, pues está todo hecho; qué les impide á ustedes que se gusten, se quieran. y.

Las campanillitas volvieron á sonar después de un malicioso guiño de ojos que Valentina hacía con mucha gracia y picardía.

—Pero es que te haces la ignorante? no *sabés* que tengo mi novio y que estoy comprometida?

—Siempre te había tenido por una muchacha de talento! vaya que eres graciosa, contestó Valentina mostrando un asombro que desconcertó á su amiga.

—No te comprendo.

—Pues me haré comprender. Dices que tienes novio, cuándo te casas?

—Ah! no podrá ser antes de un año, tal vez.....

—Un año! prorrogable por.....

Y las argentinas campanillitas sonaron esta vez recorriendo todo el pentagrama musical, y con tonos tan burlescos, que Matilde tuvo que hacer un esfuerzo para no soltar una patochada, á pesar de cierto respetillo que tenía por su amiga desde que era la esposa de don Agapito Mendoza.

—Pues qué te figuras, que un muchacho de talento como Diego, que pronto será abogado no puede.....

—Descalabrarse? ya lo creo! y casarse mañana mismo, y llevarte á un casuchón que alquilará por treinta pesos donde se irán engullendo los libros de leyes y los expedientes, si es que tiene algún pleito que embrollar... y *tableau* te has lucido!

—Tú exageras, el talento se abre camino

siempre y perseverando, con trabajo y economía se llega al fin deseado.

—Pues hija, te equivocas medio á medio. No has oído decir que el talento es un estorbo para hacer dinero? Ahí tienes á mi marido. buen ejemplo! Además, casarse para trabajar, para economizar y para enflaquecer es sencillamente una estupidez.

—Estás hoy terrible! con teorías que nunca te había oído. Bien sabes que el amor hace un paraíso de la cabaña más humilde y que.

—No prosigas, cortó Valentina, eso está bueno para los dramas sentimentales y para las novelas; no para la vida real.—Vamos, hazme caso y no te quejarás.

—Nunca, contestó Matilde con voz firme y por hacer ostentación de un sentimiento que es dudoso que experimentara: seré fiel á mi compromiso; para venderme ya lo habría hecho cuando el señor Cartín me mostró cierta inclinación que . . . tal vez aun me profese. Ciertamente que ahora lo disimula, no ha querido darse por chasqueado, y cuando nos visita, lo hace con las reservas de una amistad ceremoniosa, y no puedes negarme que es rico. Soy de las que creen que el amor verdadero que sí existe, aunque lo niegues, es lo que más dignifica y levanta á la criatura y debe ser la única cadena capaz de unir dos seres. .

—Al poste de la miseria; interrumpió Valentina sin hacer caso de aquello de la *venta* á que había aludido Matilde.—Miren la romántica!

—Bien, déjame seguir los impulsos de mi alma; quiero á Diego y me casaré con él á menos que algún acontecimiento imprevisto lo impida.

Matilde que había saboreado íntimamente su desahogo, y deseando después no desagradar á su amiga, quiso dar otro giro á la conversaci3n y la dijo:

—No crees que es un compromiso para nosotros la venida de Beltrán ?

—Por qué?

—*Figurate* que papá y Julián pretenden ofrecerle la casa . . . alojarlo aquí

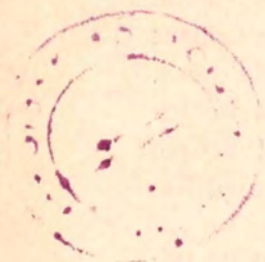
—Nada más natural, aunque tal vez él no acepte por la poca confianza pero nada de particular tendría que se quedara aquí.

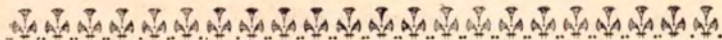
—Cierto, pero es que titubeé Matilde que deseaba hacer una confidencia á su amiga y abrigaba algún recelo en abordar el asunto; era de carácter tan privado! Es que voy á serte franca, puesto que yo no tengo secretos para *vos*. . . somos amigas tan viejas! En fin, siguió en un momento de resoluci3n; *sabés* que la situaci3n de nosotros no es desahogada que hay escasez de ciertas cosillas que no deben faltar en una casa decente, y que no se han comprado tal vez por desidia, y un huésped como Beltrán ya puedes figurarte la idea que se formaría de nosotros cuando vea nuestra estrechez.

—Hola! con que ya estás preparando la ma-

nera de agradar á tu primo? No, no te disculpes tienes sobrada razón. Si don Clemente no puede hacer ciertos gastillos indispensables, no te apures por ello.....qué necesitas? servicio de mesa, algunos manteles blancos y de color? Vaya! afortunadamente estoy bien provista; te mandaré acopio de todo, úsalo sin reservas que será nuevo y flamante.

—Oh! cuánto te agradezco ese favor; no pases cuidado que será por poco tiempo y todo te lo cuidaré mucho, contestó Matilde llena de reconocimiento.





IV

Valentina se había levantado para despedirse de su amiga, admiradísima de lo presto que había trascurrido el tiempo, lo cual le proporcionó el placer de consultar su reloj dos ó tres veces, una joya de exquisito gusto y de gran valor.

—Qué barbaridad! exclamó procurando acongojarse, y yo que debía haber hecho esa visita hoy sin falta.

—Sí, y aquí cuánto tiempo hace que no *venís?*

—No creas que he salido de casa. . . . yo no sé en qué se le va á una el tiempo!

—*Podés* hacer la visita otro día y te *quedás* un ratito conmigo.

—Te dejo, hija, ahí vienen tu papá y Julián dijo Valentina, que les había visto al través de las cortinas de la sala.

En efecto, un momento después entraban don Clemente y Julián; el primero venía diciendo.

—Creo que puede arreglarse todo perfectamente; ya he estado disponiendo y dando trazas. . . Se detuvo al ver á Valentina á quien saludó con gran amabilidad. En cuanto á Julián, después de haber contraído el entrecejo con un movimiento rápido, saludó también á Valentina con más ceremonia.

—Hola, Julián, dijo ésta alargándole una mano con cierto airecito de abandono, mano que apenas estrechó Julián muy suavemente.

—Y don Agapito cómo está? preguntó don Clemente con la misma sonrisa que no había abandonado desde que entró, y que no dejaría aun cuando la visita durara una semana.

—Está perfectamente, gracias; siempre entre sus libretes, cuentas y correspondencias, que no hay cómo sacarlo de allí. . . . trabaja como un *burro* contestó Valentina que era un poco exagerada en sus metáforas.

Julián se sonrió al oír el símil de Valentina; en ese momento se figuró al señor Mendoza en cuatro patas enredando por la oficina y dando coces.

—Ah! el trabajo es el supremo bien del hombre, repuso don Clemente creyendo en sus adentros haber redondeado una gran idea.

—Y á propósito, dijo Valentina que había vuelto á sentarse en el sofá al lado de su amiga, dirigiéndose á don Clemente. Ya sé la gran novedad; me estaba contando Matilde que viene su sobrino don Beltrán.crean que celebro mucho

esa noticia y que tendré verdadero gusto en conocerle ¿cuándo llegará?

—Pues el viaje nos lo avisa don Esteban para el quince de este mes, pero hay un párrafo en que da á entender que tal vez se le haya ocurrido á Beltrán salir en el mismo vapor que trajo esa carta, y podría ser que llegara hoy ó mañana.

—Ciertamente es muy probable que suceda así. Ya me había permitido, continuó Valentina en tono amistoso, ofrecer á Matilde algunas cosas que ustedes pueden necesitar por el momento, por que en fin una visita así, sin estar uno preparado.....

—Ah! señora, no vaya usted á molestarse, de ninguna manera, eso sería abusar de su bondad.

—No, señor, nada de cumplidos; me resentiría mucho; entonces para qué sirven los amigos? no faltaba más.

Julián estaba con un color que se le iba y otro que se le venía, y no había despegado los labios conformándose con sonreír ó asentir cuando era del caso, pero ahora que sentía mortificada su vanidad, aquella vanidad natural del jefe de familia que sabe llenar las necesidades de su casa, creyó del caso terciar, y dijo á Valentina.

—Yo de mi parte agradezco á usted sus atenciones, pero crea que ya está previsto todo: en ello he ocupado la mañana, y probablemente Matilde no lo sabe.... con que así le ruego no vaya á tomarse ninguna molestia.

—Ahora es usted señor orgulloso, respondió Valentina haciendo un mohín lleno de gracia. Mire usted qué empeño en no hacerme el favor de dejar que les sirva de algo! Nada, lo dicho, dicho; ahora, si ustedes no quieren usar lo que tengo el gusto de ofrecerles con mi mejor voluntad, no lo usen, arrinconenlo por ahí y basta.

La conversación tomó otro giro, se habló de muchas cosas, y ya cerca de las dos y media de la tarde, Valentina se despidió después de haber consultado su reloj otra vez.

Matilde la acompañó hasta la puerta de la calle, aspirando con deleite el exquisito perfume que emergía de su amiga, y del cual quedó impregnada la sala. Ya en la puerta Valentina dijo al oído de su amiga: con que ya lo sabes; afila bien tus armas y haz carrera; mira que la ocasión es calva, el *derecho* puede que sea bueno para estudiarlo, pero es mejor la *derechura*, créeme, y salió dejando oír su risa triunfadora. Vamos, pensaba; ya he arrojado la semilla; veremos si el terreno es bueno.

Cuando Matilde regresó á la sala, Julián, con las manos en los bolsillos se paseaba pensativo; al ver á su hermana se paró, y con tono amistoso como para no enojarla la dijo:

—Apostaría una cosa.

—Qué?

—El que has pedido á Valentina prestados algunos resplandores para deslumbrar á nuestro primo, y hacerle creer que en efecto brillamos; no lo

niegues; pero ahora, como siempre que sea necesario, te haré ver que no haces bien, que eso es ridículo; no creo que tengas en ello un interés determinado, sino un simple capricho de tu genio; la vanidad; ello es cierto que no constituye una falta, pero no sabes adonde puede conducirte ese modo de ser tuyo, que casi inconscientemente te lleva á cometer tonterías; no aceptes nada de lo que *esa señora* (y recalco estas palabras) te mande. Además, y deseaba decírtelo; tampoco es conveniente que cultives sus relaciones con mucha intimidad.

Matilde, mostrando extrañeza por las palabras de su hermano, medio enojada contestó:

—Te has equivocado, si salió de ella el ofrecimiento; además, lo ha hecho con tanta insistencia y amabilidad, que no he podido menos que aceptar. No veo en qué consisten las tonterías de que hablas . . . ya has visto que papá nada ha dicho . . .

— Sí, papá cree que vive entre ángeles, y que todo el mundo se desvela por hacerle feliz; pero créeme, tú no debes continuar en relaciones tan íntimas con Valentina. Estaba bien que cuando ella era una muchacha soltera, fuesen amigas, aunque sabes que nunca me gustaron sus maneras algo libres . . . pero hoy es diferente; ella es la esposa de un *pobre hombre* que es muy rico, y debe haber entre ustedes un poco más de reserva; por otra parte, una señora que nunca falta á fiesta alguna, y que mientras su marido fuma por los pasillos hablando de cambios y de sacos de café, coquetea hasta con

los atriles de la orquesta, no es la amiga que más conviene á una señorita como tú... y luego se dicen tantas cosas.....

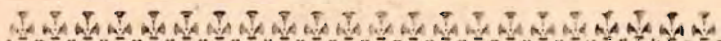
—Sí, pero sabes que la maledicencia es aquí moneda corriente y que una mujer no puede demostrar ingenio ó tener un poco de *chispa*, porque ya da qué hablar.

—Mira, en ciertas cosas la sociedad tiene un tino admirable, y cuando el río suena, piedras lleva. Sólo te pido un poco de formalidad, de seriedad; una muchacha puede echar á perder su porvenir en un momento de improvisión; es tan quebradizo el cristal de la honra! Cuántas mujeres puras han recibido de rebote sobre su frente el puñado de lodo, por el sólo hecho de cultivar ciertas amistades!

Te hablo así por tu bien; lejos de mí la idea de que Valentina sea una mujer perversa, en el sentido de la palabra, pero en fin, es preferible ser cuidadosa y escoger muy bien las relaciones.

Julián temió después haber sido demasiado duro, pero en cuestiones de esta índole, era excesivamente puntilloso y delicado.





V

La llegada de Beltrán ocurrió como lo suponía don Clemente, al siguiente día de haber recibido la carta que conocemos.

Por demás está decir que don Clemente y Julián se hallaban en la estación del ferrocarril un cuarto de hora antes de la llegada del tren; el viajero había tenido cuidado de avisarles su salida de Puntarenas, después de haber descansado unas cuantas horas en aquel puerto.

Don Clemente decía á Julián, mientras fumaba sus cigarritos olorosos á hojas de higo.

—Ya verás, ya verás como le reconozco en seguida; le vi tan pequeño cuando hice mi viaje á Méjico; sus facciones no se me despintan y ya sé cómo debe ser; cejas pobladas, nariz recta, ojos vivos y muy negros, continente airoso, el continente de los Morelos que ha sacado por parte de su abuela paterna; ya verás como no me equivoco; vaya, que debe de ser guapo mi sobrino!

El tren llegó esa tarde con gran retraso: don

Clemente oyó la crepitación de la locomotora, luego el tán, tán de la campana y á lo lejos divisó el ojo luminoso como de un cíclope que avanzaba, avanzaba dando resoplidos de bestia cansada.

Depués la agitación, el movimiento de mucha gente que sale con maletas, con líos bajo el brazo, abriéndose camino por entre los grupos de curiosos y de cocheros que ofrecen su vehículo, como quien tiene urgencia de llegar.

—Por aquí, por aquí, dijo don Clemente tirando á Julián de un brazo hacia el carro de primera de donde había visto bajar un personaje, con un casco gris de alas tendidas, y vestido con un correcto traje de viaje.

—Beltrán, Beltrán! llamó en voz alta don Clemente.— El aludido volvió la cabeza con curiosidad, y pronto comprendió que era su tío aquel viejito amable que le llamaba porque recordó en seguida un retrato que había visto en su casa hacía algunos años.

Se abrazaron con efusión, y después de la presentación de Julián, y de las primeras frases, ya afuera, Beltrán tomó un coche, y haciendo entrar á su tío y á su primo, díjole al cochero:

—Llévanos al Gran Hotel ó á otro mejor si lo hay, me han dicho que ése es el mejor, no es así?

—Cómo al hotel? repuso don Clemente con gran extrañeza: no, de ninguna manera, en casa te hemos preparado alojamiento; no será un gran confort el que te ofrezco, pero al menos pasable:

—Y con la mejor voluntad, agregó Julián.

—Oh! doy á ustedes mis agradecimientos, pero les ruego acepten mis excusas; no puede ser: una sorpresa así siempre causa molestias, que estoy en la obligación de evitarles.

—Vamos, deja los cumplidos para con los extraños: te digo que en casa te hemos arreglado un cuartito cerca del de Julián y que ninguna molestia nos causará tu llegada. vaya, qué va á decir la gente cuando sepa que viniendo por primera vez á Costa Rica te has ido á hospedar á un hotel ni más ni menos que si no tuvieras aquí parientes. . . . serías capaz de desairarnos?

—No, mi querido tío, espero que no atribuyan ustedes mi insistencia á desaire; de ninguna manera, y crean que les agradezco de todo corazón la buena acogida que me dispensan y las atenciones de que soy objeto. Por otra parte, estoy tan acostumbrado á esa vida de hotel, que no sabría ya vivir en familia. . . . además, su casa será para mí como la mía propia, créanmelo ustedes, y me propongo aburrirles con mi compañía; con que ya ven que no hay tal desaire; la única diferencia consiste en que mi equipaje, en lugar de ir á casa de ustedes, se quedará en el cuarto del hotel.

Don Clemente iba á insistir todavía, pero Julián le oprimió una rodilla con gran disimulo, y aquél comprendió que tenía que desistir.

Julián dijo algunas palabras de cumplimiento, y como habían llegado, bajaron del carruaje y